

El Porteño (1982-1993)

Ana Lía Rey y Cinthia Meijide

En enero de 1982, comenzó a circular la revista *El Porteño*, fundada por Miguel Briante, Jorge Di Paola y Gabriel Levinas y dirigida por este último. En su editorial inaugural, Levinas advertía que “la aparición de una nueva revista en las circunstancias actuales puede parecer insensata. [...] Parece alocado, hoy en día, tener un proyecto y correr un riesgo, tanto personal como colectivo”. Ese primer texto situaba la apuesta periodística en una Argentina de “pocas certidumbres” y de tensa expectativa, por lo que, mientras las elecciones permanecían “suspendidas hasta nuevo aviso”, la revista se inclinaba a considerar elementos que permitieran perfilar el futuro —“a este Porteño le interesa mucho lo que vendrá”—. En su carta inaugural, Levinas anticipaba la identidad del proyecto: *El Porteño* “[q]uiere hacer otra cosa que la que hace Minguito y su barra de café y no le gusta quedar amurado. [...] Para aclarar al lector: para nosotros son tan porteños Rivero como Spinetta, el polaco Goyeneche como Borges” (n.º 1, enero 1982: 5).

Hacia menos de un mes Leopoldo Fortunato Galtieri había asumido la presidencia de facto, designado por la Junta Militar tras el derrocamiento de Roberto Eduardo Viola; la economía mostraba un proceso inflacionario junto al crecimiento de la deuda externa, los despidos masivos y una desindustrialización generalizada producto de la apertura de las importaciones. El poder militar comenzaba a mostrar signos de resquebrajamiento, para entonces habían disminuido las persecuciones y la violencia estatal, aunque continuaban suspendidas las actividades políticas y parlamentarias. En ese marco, los Organismos de Derechos Humanos Nacionales e Internacionales

continuaron presionando y también los partidos políticos, que buscaban volver a la actividad. Durante el mandato de Galtieri, el 2 de abril de 1982, comenzó la “Guerra de Malvinas” tras el desembarco de las Fuerzas Armadas Argentinas en las islas.

En ese contexto apareció en los kioscos *El Porteño*, una revista mensual de dimensiones poco habituales (26 x 36 cm). No obstante, la apuesta por el gran formato duró apenas un año: en la contratapa de su número 12 se anunciaba el fin de un ciclo gráfico y el cambio de tamaño a una medida *standard*. La revista prometió entonces no cambiar la calidad de su material escrito, sino mejorarlo y aumentar el número de páginas. En la carta editorial de diciembre de 1982, Miguel Briante afirmaba que *El Porteño* había llegado para cubrir un agujero que existía en el periodismo argentino y que “valía la pena, entonces, hacer esa prueba: encarar profesionalmente una revista de cultura que superara los límites convencionales de librerías y cenáculos” (n.º 12, diciembre de 1982: 5).

El Porteño fue una revista contracultural, también una revista contestataria, para algunos lectores fue un faro que empezaba a iluminar la oscuridad de la dictadura. Por cierto, las denominaciones de Beatriz Sarlo (1992) para la experiencia revisteril de la argentina siguen siendo interesantes para pensar a *El Porteño*: “laboratorio de ideas” y “banco de pruebas” donde se discute el presente y se diseñan estrategias de comunicación periodística.

En un momento donde se volvía a discutir sobre el rol de los intelectuales y la función del periodismo, la revista ofreció una plataforma para la circulación de discursos que difícilmente encontraban lugar en los medios tradicionales. En *El Porteño* “fue posible la emergencia de discursos liminales entre la circulación masiva y la circunscripción propia de los ámbitos intelectuales” (Liberczuk, 2022: 24). Por ello, inicialmente y antes del regreso a la democracia la revista fue la voz de los jóvenes que

la leían junto a una gran cantidad de revistas subte que circulaban en el Buenos Aires de los tempranos ochenta.



El Porteño, nº 3, marzo de 1982

El Porteño fue una de las experiencias periodísticas más innovadoras de la transición entre la dictadura y la democracia en Argentina. Entre 1982 y 1993, la revista tomó el pulso del derrumbe de la dictadura militar, así como de las transformaciones culturales, políticas y económicas de la primera década de la recuperación democrática. La trayectoria de *El Porteño* puede dividirse en dos grandes etapas. La primera, comprendida entre enero de 1982 y octubre de 1985 (n.º 1-46), estuvo dirigida por Gabriel Levinas y coincidió con los años finales de la dictadura y los primeros de la transición democrática. En ese período la revista definió buena parte de los rasgos que la volverían reconocible: una combinación de crónicas, reportajes extensos, fotografías, crítica cultural y apertura a expresiones artísticas y sociales desplazadas de los circuitos dominantes. Según su director, durante esta etapa, *El Porteño* “sirvió de fusible [...] para

que los trabajadores de prensa y los medios de comunicación puedan especular en hasta dónde podían llegar con su libertad” (Levinas, n.º 46, octubre de 1985: 5). La segunda etapa se inició en noviembre de 1985, cuando la publicación pasó a ser editada por la Cooperativa de Periodistas Independientes. La nueva estructura incorporó a figuras como Tomás Eloy Martínez, Ricardo Piglia, Carlos Ulanovsky, Eva Giberti, Osvaldo Bayer, Eduardo Aliverti y Jorge Lanata, entre otros, reuniendo “tres generaciones de periodistas que no pudieron coincidir gracias a la represión, el exilio o la muerte” (n.º 47, noviembre de 1985: 3). La jefatura de redacción estuvo a cargo de Jorge Lanata hasta el número 63, cuando abandonó la revista para fundar *Página/12* (1987). Como afirma Gabriel Levinas: “Lanata iniciaba su carrera al estrellato: en la redacción cooperativa de *El Porteño* ideó lo que sería *Página12*” (Guillermo E. Pintos, “La historia de ‘El Porteño’ o la trama secreta del periodismo progresista en los años 80, de Symns a Lanata”, *Infobae*, 3 de abril de 2022). Sin alterar por completo la identidad construida en los años anteriores, la experiencia cooperativa acentuó el peso de la actualidad política y de la investigación periodística a partir de la incorporación de nuevas figuras a su staff.

Esa periodización se corresponde con el grupo de colaboradores y redactores que fueron acompañando los distintos momentos de la revista: María Moreno, Eduardo Grüner, Roberto Mero, Alejandro Piscitelli, María Eugenia Estenssoro, Noemí Casset, Alejandro Tarruella, Manuel Gil Navarro, Fernando Almirón, Fernando Brenner, Enrique Symns, Daniel Molina, Christian Kupchik, Ernesto Tiffenberg, Olga Viglieca, Juan Sasturain, Augusto Conte, Eduardo Blaustein, Rodolfo Fogwill, Gerardo Yomal, Rolando Graña, María Seoane, Nicolás Casullo, Ernesto Tiffenberg, Horacio González, Alejandro Horowicz, Sibila Camps, Osvaldo Baigorria, Jorge Warley, Néstor Perlongher, Juan José y Luis Salinas, César Aira, Martín Caparrós, entre muchos otros, fueron algunos de los periodistas dispuestos a sostener aquel laboratorio editorial.

La fotografía tuvo un lugar destacado en *El Porteño*. En una nota sobre “El periodismo gráfico argentino” publicada en el número 11 (noviembre de 1982), Amado Becquer Casaballe definía a la fotografía como “un documento innegable de la realidad cuyas imágenes captura”, subrayando así su valor testimonial en una época atravesada por la censura y las disputas por la visibilidad. Pero la revista insistió también en la dimensión artística de la imagen. Así, entre documento y creación, las imágenes de fotógrafos como Daniel Jurjo, Alfredo Baldo, Miguel Martelotti, Eduardo Rey, Alejandra Lutteral, Hilda Lizarazu, María Sauze y Alejandra López resultaron decisivas para la identidad visual de *El Porteño*. A ello se sumó el trabajo de ilustradores como Armando Rearte, Pat Andrea, Luis Pollini, Martín Kovensky, Pazos, Álvaro Carreras, Schinca, Jorge Gumier Maier y Laura Dubrovsky, cuyas intervenciones gráficas contribuyeron a consolidar la estética de la revista.

El reportaje fue una de las formas privilegiadas mediante la cual *El Porteño* buscó sondear un presente inestable y difícil de organizar. A través de conversaciones con figuras provenientes de la cultura, el arte, la política, los medios y las organizaciones sociales, la revista construyó una cartografía heterogénea de la Argentina de la transición democrática. En *El Porteño* conviven entrevistas a Jorge Luis Borges y La Raulito, a Leonardo Favio y Mariano Grondona como parte de una apuesta por captar las voces, tensiones y sensibilidades de una época de transformaciones. La centralidad del reportaje se manifestó también en decisiones editoriales significativas: en agosto de 1982, la revista reprodujo la entrevista que Oriana Fallaci había realizado a Leopoldo Galtieri en plena guerra de Malvinas y que, publicada originalmente en el *Washington Post*, no había circulado hasta entonces de manera completa en ningún medio de prensa local.

Las páginas de *El Porteño* abordaron temas entonces poco transitados por la prensa masiva —los desaparecidos, la sexualidad, la marginalidad urbana, las culturas

juveniles, el sida, las transformaciones tecnológicas, la crítica a los medios de comunicación— y combinaron el análisis político y cultural con una fuerte atención a las mutaciones de la vida cotidiana. No sin tensiones internas, la revista fue un espacio de cruce entre diferentes tradiciones intelectuales y periodísticas. Su apuesta por ensanchar los límites de lo publicable convirtió a *El Porteño* en una zona de contacto entre nuevas sensibilidades políticas y culturales durante los años ochenta. Desde su inicio, “*El Porteño* construyó un singular equilibrio entre lo marginal, lo ‘culto’ y lo popular” (n.º 47, noviembre de 1985: 3), pero la veta marginal era la que despertaba mayores reticencias internas y externas y reclamaba una defensa. Por este motivo, Levinas convirtió la acusación despectiva de “voceros de la cultura marginal” en bandera editorial (“es un orgullo ser voceros del margen cuando el centro está ocupado, usurpado por la amenaza de la delación y la mentira periodística”, n.º 26, febrero de 1984: 3). Frente a un campo periodístico todavía atravesado por inercias autoritarias, la revista iluminó zonas de la cultura que permanecían fuera de foco: las sexualidades disidentes, los presos, los locos, el *under* y las experiencias contraculturales, los perseguidos y estigmatizados. En un balance de los primeros tres años de la revista, Levinas insistía en que, “entre los que segregan o marginan y los segregados o marginados, elegimos a los últimos” (n.º 37, enero de 1985: 5). Esa toma de partido definió el destino de disputas internas y configuró uno de los rasgos distintivos de la publicación y de su suplemento *Cerdos&Peces*, donde la exploración de los límites morales, culturales y políticos de la democracia adquirió su forma más radical.



Atentado con bomba en la redacción de *El Porteño*, en la calle Cochabamba 726, San Telmo, 1983 (Imagen tomada de *Página/12: Radar*, 28 de diciembre de 2003).

Por otra parte, esa intervención pública le valió conflictos recurrentes con sectores conservadores y represivos. En agosto de 1983, la publicación del número 20 de *El Porteño* desató una violenta reacción de las fuerzas represivas. La revista había puesto en tapa una nota titulada “Niños desaparecidos: la permanencia del horror”, acompañada por las fotografías de tres niños desaparecidos sobre un fondo de camuflaje militar: era la primera vez que un medio de prensa nacional presentaba el tema de los niños desaparecidos. El mismo número incluía, además, un artículo contrario a la autoamnistía que preparaban los militares (“Ley de amnistía: la última prepeada”), una columna de Augusto Conte titulada “La desaparición, esa monstruosa figura” y una comparación, en la Carta del Director, de los destinos de nazis y militares

locales. A esto se sumaba la entrega del primer número del suplemento “marginoliento” *Cerdos&Peces*. La respuesta violenta a esa intervención periodística no tardó en llegar: el jueves 11 de agosto, a las 0:45 de la madrugada, una carga de trotyl estalló en la redacción de *El Porteño*, ubicada en Cochabamba 726. La explosión había sido precedida por una serie de amenazas y fue seguida por el allanamiento ilegal de la redacción y el secuestro de carpetas, rollos de fotografías, películas, un grabador, cassettes y ejemplares de la revista.

Años después, en 1989, la redacción y algunos de los colaboradores volverían a ser intimidados; esta vez, los amenazadores prometían bombas y otras desgracias si seguían “metiéndose en el asunto de la inteligencia militar” (n.º 89, mayo de 1989: 11). Ese mes trajo también otra desventura que la revista presentó bajo el título de “El *affaire* Evita”: un concejal del Partido Justicialista repudió en el Consejo Deliberante el cuento “Evita vive”, de Néstor Perlongher, publicado en el número 88 de *El Porteño*. En la misma reunión, otra concejal reclamó sin éxito a las autoridades municipales el secuestro de la edición. El resultado del *affaire* fue el retiro de los anuncios publicitarios de la gobernación de Buenos Aires.

Por las páginas de *El Porteño* pasó el vértigo de la coyuntura nacional e internacional: la “compleja exaltación” (Levinas y Di Paola, n.º 6, junio de 1982: 4) suscitada por la guerra de Malvinas, el juicio a las Juntas, los derechos humanos y los indultos; los debates sobre el aborto, el feminismo, el psicoanálisis y la ecología; las comunidades indígenas, la publicidad, la inflación, el exilio, los videoclips, la cultura rock, las drogas. En el plano internacional, la revista siguió de cerca los coletazos finales de la guerra fría, la inestabilidad política en Centroamérica, las convulsiones de Medio Oriente y la proyección del gobierno de Reagan sobre América Latina. Asimismo, *El Porteño* registró la intensa vida cultural de la transición democrática. A través de secciones como “El Porteño recomienda”, “La Guía”, “Agenda”, “Rayos y centollas”, “Mercado de

pulgas” y, más tarde, “El agente”, la revista ofrece un panorama de la ebullición artística y cultural de la época. En estas secciones conviven recomendaciones de cine, teatro, música, danza, literatura, exposiciones, programas de radio y televisión, junto con información sobre bares, talleres de escritura y otros espacios de sociabilidad. En su conjunto, estas secciones funcionan como un mapa de los nuevos circuitos culturales, prácticas y consumos que emergían en la Argentina de la posdictadura, con el foco puesto mayoritariamente en la cultural porteña.

La reflexión sobre los medios de comunicación ocupó un lugar central en *El Porteño*, que convirtió al periodismo y a las industrias culturales en uno de sus principales objetos de análisis. La revista desplegó una mirada incisiva sobre la televisión, pero también sobre la prensa gráfica y la radio, explorando las persistencias de la censura, las frivolidades y complicidades heredadas de la dictadura en los primeros años democráticos. En ese marco, la actuación del periodismo aparecía como un verdadero termómetro de la democracia: las limitaciones de la “libertad de prensa que muchos dicen representar pero que en definitiva no se atreven a ejercer” (Ricardo Horvath, n.º 26, febrero de 1984: 29) permitían identificar tanto los condicionamientos del sistema mediático como la vacancia de un periodismo de investigación. A partir del número 54, *El Porteño* comenzó a publicar la sección “The Posta Post”, una de las más regulares de la etapa cooperativa, cuyas primeras entregas aparecieron bajo el slogan “Todo lo que los demás medios saben, pero no pueden publicar”. Al mismo tiempo, en artículos de colaboradores frecuentes como Aníbal Ford, Ricardo Horvath, Carlos Marcucci y Heriberto Muraro, *El Porteño* discutió el rol de los medios de comunicación, denunciando el carácter “anacrónico, ineficiente y no democrático” (n.º 52, abril de 1986: 22) del sistema de comunicación argentino. La revista siguió de cerca los debates sobre legislación audiovisual, la propiedad y transferencia de los medios, al tiempo que

registró la aparición de nuevas tecnologías que comenzaban a transformar la circulación de la información.

Otros proyectos de la editorial El Porteño

En su tercer número —el primero aparecido bajo el sello editorial de El Porteño—, la revista llegó a los kioscos acompañada del suplemento único *Punto de Partida*, que se proponía como espacio de unidad para el desperdigado ecosistema de revistas “subte”, alternativas o *underground*. En el marco de una estrategia orientada a ampliar la intervención en el campo cultural, la editorial El Porteño funcionó rápidamente como un espacio de fragua y reactivación de otras publicaciones. Así, entre junio y septiembre de 1982, El Porteño publicó los 3 números correspondientes a la segunda y última etapa de la revista *Pan Caliente*, dirigida por Jorge Pistocchi y Boris Krygel. Posteriormente, en marzo de 1984, surgiría *La Gaceta Porteña*, un quincenario de vida efímera orientado al análisis de la coyuntura política durante los primeros meses de la recuperación democrática. La propuesta editorial buscaba diferenciarse de las “revistas-camaleón” y del tratamiento de la “información como mercancía”, reivindicando un periodismo “sin manipulaciones, con honestidad e independencia”, “sin sensacionalismo, pero con agilidad e imaginación”. No obstante, las dificultades materiales interrumpieron el proyecto luego de la aparición del número 5, incorporado a las páginas de *El Porteño*. A mediados de 1984, Gabriel Levinas reconocía que “las limitaciones pudieron más: no tenemos ni la infraestructura ni la guita para hacerla” (n.º 29, mayo de 1984: 29).

Apenas un mes antes del naufragio de *La Gaceta Porteña*, el suplemento *Cerdos&Peces* (<https://ahira.com.ar/revistas/cerdospeces/>) había conquistado su autonomía como revista independiente. Por diferentes motivos, la primera etapa de la revista dirigida por Enrique Symns no superaría el cuarto número y en agosto de 1984 *El Porteño* anunció el fin de la aventura. Enjuiciada repetidas veces por apología del

delito, prohibida su distribución en varias provincias, la editorial no podía “solventar económicamente el alto costo de los juicios, los problemas de la distribución y, por sobre todo, el aislamiento y la falta de solidaridad producida a lo largo de este sórdido proceso de persecución sufrida desde la aparición del número uno” (Symns, n.º 32, agosto de 1984: 82). En marzo de 1985, se anunciaría el segundo round de *Cerdos&Peces*, que volvería a publicarse durante un semestre como suplemento de *El Porteño*.

La Cooperativa de Periodistas Independientes corrió también su aventura editorial y en 1988 editó los primeros 5 números de *Babel. Revista de Libros* (<https://ahira.com.ar/revistas/babel-revista-de-libros>) bajo la dirección de Martín Caparrós y Jorge Dorio. Durante esta etapa, la redacción de *El Porteño* fue también el espacio de gestación de *Página/12*, cuyo director y colaboradores “habitaron esta redacción casi hasta el momento mismo de la salida del periódico” (n.º 100, abril de 1990: 37).

Bibliografía:

Liberzczuk, Carolina, “La revista El Porteño como actor protagónico de la posdictadura” en *Observatorio Latinoamericano y Caribeño* | Vol. 6, N. 2 (julio-diciembre, 2022)

Pintos, Guillermo E., “La historia de ‘El Porteño’ o la trama secreta del periodismo progresista en los años 80, de Symns a Lanata”, *Infobae*, 3 de abril de 2022.

<https://www.infobae.com/cultura/2022/04/03/la-historia-de-el-porteno-o-la-trama-secreta-del-periodismo-progresista-en-los-anos-80-de-symns-a-lanata/>

Sarlo, Beatriz, “Intelectuales y revistas: razones de una práctica. In: América” en *Cahiers du CRICCAL*, n°9-10, 1992.

<https://ahira.com.ar/wp-content/uploads/2018/08/Sarlo-Intelectuales-y-revistas.pdf>

El Porteño

Director: Gabriel Levinas (n.º 1-46)

Jefe de redacción: Miguel Briante (n.º 1-24); Ernesto Tiffenberg (n.º 34-54); Jorge Lanata (n.º 47-63)

Secretarios de redacción: Jorge Di Paola (n.º 1-12); Gustavo Wagner (n.º 13-27); Fernando Almirón (n.º 27-33); María Eugenia Estenssoro (n.º 32-39); Enrique Symns (n.º 32-41); Daniel Molina (n.º 41-49); Eduardo Blaustein (n.º 47-63); Juan José Salinas (n.º 50-52)

Redactores: Eduardo Blaustein (n.º 25-33; n.º 64-73); Ricardo Horvath (n.º 25-26); César Hermosilla Spaak (n.º 27-29); Enrique Symns (n.º 27-31); Daniel Molina (n.º 32-40); Andrea Ferrari (n.º 64-67; n.º 69); Rolando Graña (n.º 64-69; n.º 78-91); Martín Caparrós (n.º 66-72); Juan José Salinas (n.º 68-76; n.º 117-134); Eduardo Villar (n.º 71-77); Ricardo Ragendorfer (n.º 73-87); Jorge Warley (n.º 77-134); Olga Viglieca (n.º 88-134); Claudia Pasquini (n.º 102-111)

Coordinación: Jorge Ilvek (n.º 2-15); Krysha Bogdan (n.º 3); Eduardo Rey (n.º 16-46); Olga Viglieca (n.º 69-87)

Arte y diagramación: Armando Rearte (n.º 1-10); Alfredo Baldo (n.º 1-46) / **Jefe de arte:** Eduardo Rey (n.º 47-134)

Fotografía: Alfredo Baldo (n.º 1-2; n.º 7-8); Alejandra Lutteral (n.º 1-4); Enrique Cervera (n.º 1-3); Gabriel Levinas (n.º 1-2); Hilda Lizarazu (n.º 3-4); Julieta Steinberg (n.º 3); Daniel Jurjo (n.º 3-45); María Sauze (n.º 5-6); Alicia Schemper (n.º 6-8); Miguel Martelotti (n.º 47-126; n.º 128); Alejandra López (n.º 107-134)

Edición: Artemúltiple (n.º 1-2); El Porteño S.A. (n.º 3-46); Cooperativa de Periodistas Independientes Ltda. (n.º 47-134).

Lugar de edición: Ciudad de Buenos Aires

Fechas de publicación: enero de 1982-febrero de 1993

Dimensiones: 26 x 35,5 (n.º 1-12); 20 x 27,5 (n.º 13-134)

Suplemento *Cerdos&Peces*

Director: Gabriel Levinas (n.º 1-7 [bis])

Jefe de redacción: Enrique Symns (n.º 1-7 [bis])

Coordinación: Eduardo Rey (n.º 1-7 [bis]); Enrique Symns (n.º 14)

Diagramación: Alfredo Baldo (n.º 1-7 [bis]; n.º 14)

Fotografía: Pablo Ruiz (n.º 1); Fabián Díaz (n.º 1-5); Daniel Jurjo (n.º 1-7 [bis]; n.º 14);
Marcelo Espil (n.º 3); Luis Cousillas (n.º 7); Pedro Navaja (n.º 7 [bis])

Fechas de publicación: agosto de 1983-marzo de 1984 (n.º 1- 7 [bis]); marzo de 1985-
agosto de 1985 (n.º 12; n.º 14-18)